

Ririro.com/es te ofrece esta historia de forma gratuita. Nuestra misión es dar a todos los niños del mundo acceso gratuito a diversas historias. Las historias se pueden leer, descargar e imprimir en línea y cubren una amplia variedad de temas, incluidos animales, fantasía, ciencia, historia, diversas culturas, etc.

Comparte con otros nuestro sitio web para apoyar nuestra misión. ¡Que lo pases muy bien leyendo!



Ririro

LA IMAGINACIÓN ES MÁS IMPORTANTE QUE EL CONOCIMIENTO

Ririro

La vida y las aventuras de Santa Claus: Claus descubre la humanidad (6/22)

Llevando a Claus a un pequeño claro del bosque, el Maestro dijo:

—Pon tu mano en mi cinturón y sujétalo mientras viajamos por el aire; porque ahora rodearemos el mundo y veremos muchas de las moradas de aquellos hombres de los que descienes.

Estas palabras maravillaron a Claus, pues hasta entonces se había creído el único de su especie sobre la tierra; sin embargo, en silencio, agarró firmemente el cinturón del gran Ak, pues su asombro le impedía hablar.

Entonces, el vasto bosque de Burzee pareció desprenderse de sus pies, y el joven se encontró atravesando velozmente el aire a gran altura.

En poco tiempo se vieron torres bajo ellos y edificios de muchas formas y colores. Era una ciudad de hombres, y Ak, deteniéndose para descender, condujo a Claus hasta su recinto. Dijo el Maestro:

—Mientras te aferres a mi cinturón permanecerás invisible para toda la humanidad, aunque tú mismo te veas claramente. Soltar tu agarre será separarte para siempre de mí y de tu hogar en Burzee.

Una de las primeras leyes del Bosque es la obediencia, y Claus no pensó en desobedecer el deseo del Maestro. Se aferró con fuerza al cinturón y permaneció invisible. A partir de entonces, a cada momento que pasaba en la ciudad, aumentaba el asombro del joven. Él, que se había supuesto a sí mismo creado de forma diferente a todos los demás, ahora encontraba la tierra plagada de criaturas de su misma especie.

—En efecto —dijo Ak—, los inmortales son pocos; pero los mortales son muchos.

Claus miró seriamente a sus compañeros. Había caras tristes, caras alegres y temerarias, caras agradables, caras ansiosas y caras amables, todas mezcladas en un desconcertante desorden. Algunos trabajaban en tareas tediosas; otros se pavoneaban con arrogancia; algunos estaban pensativos y serios, mientras que otros parecían felices y contentos. Había hombres de muchas naturalezas, como en todas partes, y Claus encontró mucho que le agradaba y mucho que le entristecía. Pero sobre todo se fijó en los niños, primero con curiosidad, luego con impaciencia y después con cariño. Niños harapientos se revolcaban en el polvo de las calles, jugando con polvo y guijarros. Otros niños, alegremente vestidos, eran acunados en cojines y alimentados con ciruelas. Sin embargo, a Claus le pareció que los hijos de los ricos no eran más felices que los que jugaban con el polvo y los guijarros.

—La infancia es la época de mayor satisfacción del hombre —dijo Ak, siguiendo los pensamientos del joven—.

Es durante estos años de placer inocente cuando los pequeños están más libres de cuidados.

—Dime —dijo Claus—, ¿por qué no les va igual a todos estos bebés?

—Porque han nacido tanto en una casa de campo como en un palacio —respondió el Maestro—. La diferencia en la riqueza de los padres determina la suerte del niño. A algunos se los cuida con esmero y se los viste con sedas y linos delicados; a otros se los descuida y se los cubre de harapos.

—Sin embargo, todos parecen igualmente bellos y dulces —dijo Claus pensativo.

—Mientras son bebés, sí —coincidió Ak—. Su alegría es estar vivos, y no se paran a pensar. Al cabo de los años, la desgracia de la humanidad los alcanza, y descubren que deben luchar y preocuparse, trabajar y preocuparse, para obtener la riqueza que tanto aprecia el corazón de los hombres. Tales cosas son desconocidas en el Bosque donde te criaste. Claus guardó silencio un momento. Luego preguntó:

—¿Por qué me crie en el bosque, entre los que no son de mi raza?

Entonces Ak, con voz suave, le contó la historia de su infancia; cómo había sido abandonado en los límites del bosque y dejado presa de las bestias salvajes, y cómo la amorosa ninfa Necile lo había rescatado y llevado a la edad adulta bajo la protección de los inmortales.

—Pero yo no soy uno de ellos —dijo Claus pensativo.

—Tú no eres uno de ellos —respondió el Maestro de los Bosques—. La ninfa que te cuidó como una madre parece

ahora una hermana para ti; dentro de poco, cuando envejecas y encanezcas, parecerá una hija. Otro breve lapso más y no serás más que un recuerdo, mientras que ella seguirá siendo Necile.

—Entonces, si el hombre debe perecer, ¿por qué nace? — preguntó el niño.

—Todo parece excepto el mundo mismo y sus guardianes —respondió Ak—. Pero, mientras dura la vida todo en la tierra tiene su utilidad. Los sabios buscan formas de ser útiles al mundo, pues los útiles seguro que vuelven a vivir.

Claus no llegó a entenderlo del todo, pero sintió el deseo de ayudar a sus compañeros y permaneció serio y pensativo mientras reanudaban el viaje.

Visitaron muchas moradas de hombres en muchas partes del mundo, viendo a los campesinos fatigarse en los campos, a los guerreros lanzarse a crueles batallas y a los mercaderes intercambiar sus mercancías por trozos de metal blanco y amarillo. Y en todas partes los ojos de Claus buscaban a los niños con amor y compasión, pues el recuerdo de su propia infancia indefensa era fuerte en su interior y anhelaba ayudar a los pequeños inocentes de su raza igual que él había sido socorrido por la bondadosa ninfa.

Día tras día, el Maestro de los Bosques y su discípulo recorrían la tierra, Ak hablaba pocas veces con el joven que se aferraba firmemente a su faja, pero lo guiaba a todos los lugares donde podía familiarizarse con la vida de los seres humanos.

Y por fin regresaron al viejo y grandioso bosque de Burzee, donde el Maestro sentó a Claus en el círculo de las ninfas, entre las que la bella Necile lo esperaba ansiosamente.

La frente del gran Ak estaba ahora tranquila y en paz; pero la de Claus se había cubierto de profundos pensamientos. Necile suspiró al ver el cambio en su hijo adoptivo, que hasta entonces había estado siempre alegre y sonriente, y le vino el pensamiento de que nunca más la vida del niño volvería a ser la misma que antes de este azaroso viaje con el Maestro.

